



SOROLLA, THE GREAT CHRONICLER OF HIS TIME

MADRID'S SOROLLA AND THYSSEN-BORNEMISZA MUSEUMS HIGHLIGHT THE ARTIST'S TRANSCENDENT ROLE IN THE HISTORY OF FASHION

SOROLLA, EL GRAN CRONISTA DE SU EPOCA

LOS MUSEOS THYSSEN-BORNEMISZA Y SOROLLA REIVINDICAN EN MADRID LA TRASCENDENCIA DEL PINTOR EN LA HISTORIA DE LA MODA

TEXTO: Alejandro González Luna



El último cuarto del siglo XIX abrió las puertas a una verdadera revolución en el mundo de la moda. Se inició en Francia, pero corrió como la pólvora. Siguiendo los pasos de Charles Frederick Worth, que había sentado ya las bases de la alta costura parisina, un puñado de diseñadores pioneros como Jacques Doucet y Jeanne Paquin asumieron la tarea de liberar a las mujeres de las viejas cadenas del corsé, del polisón y los mirínaques, creando una indumentaria más sensual y fluida. Eran los primeros años de la Belle Époque, y la moda se había convertido en signo de modernidad; el puñetazo en la mesa de una sociedad en ebullición que ansiaba romper con el pasado. Ese fue el panorama que se encontró Joaquín Sorolla al visitar París por primera vez, en 1885. Deslumbrado por la entonces ‘capital del mundo’, se dedicó a recorrer sus calles y cafés, dibujando bocetos de los nuevos modelos en boga.

“Sorolla se dio cuenta enseguida de que aquella transformación era un reflejo de la sociedad que venía, y entendió que era algo que tenía que plasmar en sus cuadros. A partir de entonces tuvo claro que la moda tenía que estar vinculada al alma de sus retratados”, apunta Eloy Martínez de la Pera, comisario de la exposición *Sorolla y la moda. Reflejos de la creación artística*. La muestra, que tendrá lugar simultáneamente en el Museo Thyssen-Bornemisza y el Museo Sorolla, en Madrid, del 13 de febrero al 27 de mayo, reúne 70 retratos, algunos de ellos desconocidos por provenir de colecciones privadas, y otros, de instituciones como el Metropolitan de Nueva York o el Museo de San Diego. Junto a los cuadros, que abarcan el período 1890-1920, se exhibirán a modo de contrapunto decenas de vestidos de la época, traídos desde instituciones como el V&A de Londres o el Palais Galliera de París.

The last quarter of the 19th century opened the doors to an authentic revolution in the world of fashion, which started in France, but soon spread like wildfire. Following in the footsteps of Charles Frederick Worth – who had laid the foundations of Parisian haute couture – pioneering designers such as Jacques Doucet and Jeanne Paquin tasked themselves with liberating women from the old shackles of corsets, bustles and crinolines, creating garments that were more sensual and fluid. These were the early days of the Belle Époque, and fashion had become an unequivocal sign of modernity – a way for a society in turmoil to demonstrate how desperately it wanted to break from the past. That was the situation Joaquín Sorolla found in 1885 when he visited Paris for the first time. Dazzled by this ‘world capital’, the young painter set out to explore Paris’ streets and cafés like some kind of

Baudelairean *flâneur*, sketching people wearing the new styles wherever he saw them.

“Sorolla realised right away that this transformation was a reflection of the society that was coming, and felt that it was something he had to embody in his paintings. From then on, he was convinced that fashion had to be linked to the souls of the subjects of his portraits,” says Eloy Martínez de la Pera, curator of *Sorolla and Fashion: Reflections of Artistic Creation*. The exhibition, held simultaneously at the Thyssen-Bornemisza and Sorolla museums in Madrid from 13 February to 27 May, brings together 70 portraits – some previously unknown as they come from private collections and others from institutions such as New York’s Metropolitan Museum of Art and the San Diego Museum. Along with the paintings

“SOROLLA SE CONVIERTE EN UN EXPERTO EN LO QUE QUE SE CONOCÉ COMO ‘ALLURE’ FRANCÉS, LA ELEGANCIA NATURAL, LOS GESTOS... QUE SON EL REFLEJO DE UN TODO”

“SOROLLA BECAME A GREAT EXPERT ON AESTHETICS, WHAT'S BEEN CALLED 'FRENCH ALLURE': NATURAL ELEGANCE, THE GESTURES, WHICH ARE REFLECTIONS OF A WHOLE”



A pesar de ser más conocido hoy por su faceta de pintor al aire libre, el retrato fue una de las grandes pasiones de Sorolla. Tras volver a París para participar en la Exposición Universal de 1900, y recibir el Gran Premio del pabellón de España y Portugal, su fama internacional se dispara, y le empiezan a llover encargos de la alta burguesía y la aristocracia de países como Francia, Inglaterra y Estados Unidos. También del suyo. En adelante se convierte en una especie de *cool hunter* al que acuden sobre todo mujeres, pero también hombres como el rey Alfonso XIII o el presidente norteamericano William Taft.

Sorolla se nutre de la moda para enriquecer su obra, y pronto se convierte en el gran cronista de los cambios de tendencia en la indumentaria de finales del XIX y principios del XX. “Toda su producción artística, desde los cuadros a los dibujos

y las notas de color, está plagada de referencias al atuendo, –dice la conservadora del Museo Sorolla, Lorena Delgado–. Sorolla se convierte en un gran especialista en estética, lo que se ha llamado el *allure* francés, la elegancia natural, la gestualidad, que son el reflejo de un todo”. Según la experta, para Sorolla el atuendo refuerza la imagen a través de la que emerge la personalidad del retratado.

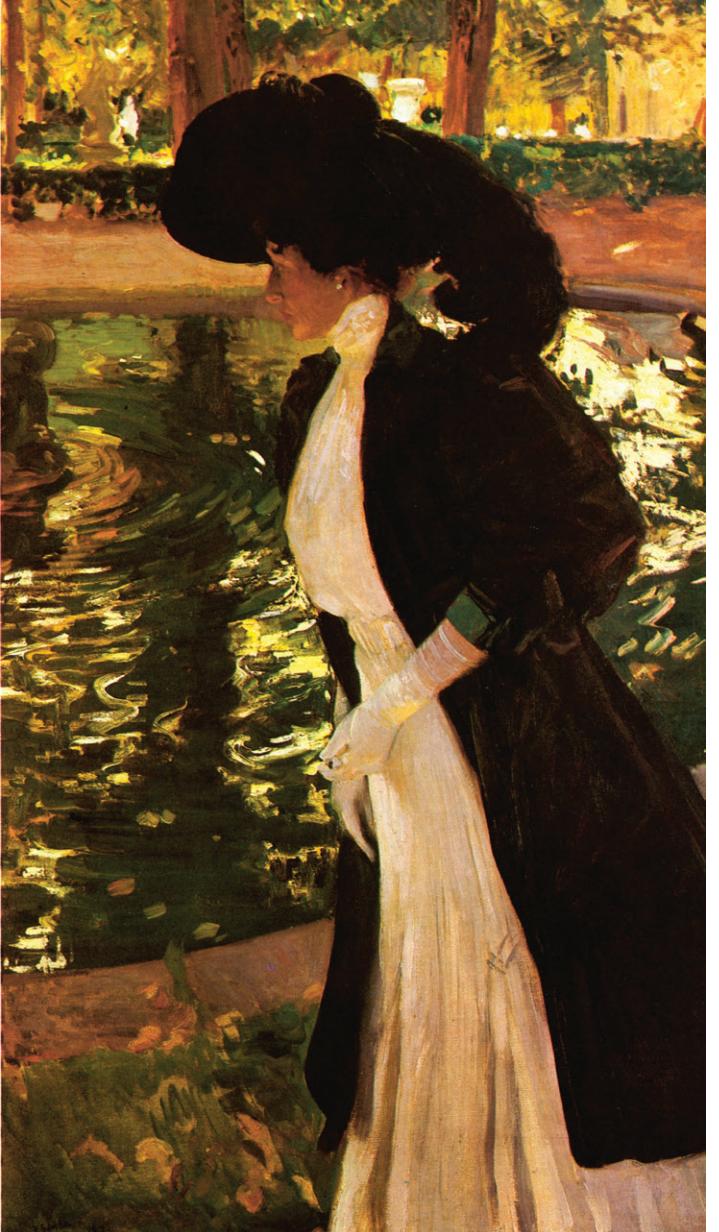
Pero la moda también tiene una presencia importante en la vida personal del pintor. En sus viajes por Europa y Estados Unidos, Sorolla escribe una cascada de cartas hablándole a Clotilde, su mujer, de los vestidos que va descubriendo; asimismo, visita las tiendas más prestigiosas, donde compra piezas de grandes diseñadores para su familia. Una de esas piezas será el mítico *Delphos* amarillo de Mariano Fortuny y Madrazo, el primer traje de la historia

– which cover 1890-1920 – the exhibition of dozens of period garments on loan from the likes of London's V&A and Paris' Palais Galliera will serve as a counterpoint and to shed light on the intense relationship between the Valencia-born artist's painting and haute couture.

Despite being best known today as a painter of outdoor scenes such as *Walk on the Beach* and *The Little Yacht*, Sorolla's great passion was portraiture. After returning to Paris for the Universal Exposition of 1900 (where he received the Grand Prix at the Spanish and Portuguese pavilions) he became internationally famous and immediately began to receive multiple commissions from the haute-bourgeoisie and the aristocracy of countries such as France, England and the USA, as well as Spain. He then became a kind of cool-hunter, and was

especially popular with women, although he also had male followers, such as Spain's King Alfonso XIII and the US President William Taft.

As Velázquez and Zurbarán had done with their female saints, Sorolla drew on fashion, becoming a chronicler of changing *fin-de-siècle* clothing trends. “His entire artistic production, from paintings to drawings and notes on colour, is full of references to clothing,” says Lorena Delgado, curator at the Museo Sorolla. “Sorolla became a great expert on aesthetics, what's been called 'French allure': natural elegance, the air it gives, the gestures, which are reflections of a whole.” For Sorolla, the outfit reinforced the subject's personality. And that's why, in his portraits, the clothes and accessories almost always end up being what stands out most about the canvases.



con nombre propio, que por entonces solo visten figuras como Sarah Bernhardt o Isadora Duncan, y con el que Sorolla decide pintar a la menor de sus hijas, Elena. “En aquel retrato, que es uno de los más bellos del siglo XX –afirma Eloy Martínez de la Pera–, se ve como la tela se acopla como una segunda piel a la silueta del cuerpo desnudo. Es un manifiesto de Sorolla. Como si dijera: mirad, mis hijas también son mujeres emancipadas”.

Para Paula Luengo, conservadora del Thyssen-Bornemisza, su conocimiento de la moda le permitió a Sorolla ser un precursor en la manera de interpretar la figura femenina, dotándola con su paleta de una elegancia y una sensualidad inusuales hasta entonces, pero acordes con el espíritu de la época. Sin embargo, aunque está siempre atento a las novedades culturales y artísticas a su alrededor, el

pintor nunca le da la espalda a la tradición. Por eso, cuando en 1911 la Hispanic Society de Nueva York le pide una serie de cuadros sobre las distintas regiones de España, Sorolla acepta y se emplea a fondo para inmortalizar, con su estilo personal, algunas de las prendas de mayor tradición del país, como el traje de valenciana, el traje de faralaes de Andalucía o el baturro aragonés. “La moda ha sido una parte sustancial de la historia del arte, y Sorolla es un gran ejemplo. Él fue el gran retratista de la moda de su época, tanto del traje popular como de la indumentaria de la alta sociedad, porque entendió mejor que nadie que la moda era el espejo clarificador de la sociedad de su tiempo”, explica Eloy Martínez de la Pera. He aquí el Sorolla más perspicaz, el *flâneur*, el *influencer*, el gran cronista que captura lo fugaz para hablarnos de algo más inmanente y profundo. Es decir, del alma. O algo parecido a ella. ■

Museo Thyssen-Bornemisza y Museo Sorolla

Fashion was significant in the painter's personal life. In his travels across Europe and the USA, Sorolla writes to his wife, Clotilde, about the dresses he sees and visits the most prestigious shops, where he buys, among other pieces, the legendary yellow Delphos gown by Mariano Fortuny y Madrazo. At the time, it was worn only by 'names' such as Sarah Bernhardt and Isadora Duncan, but Sorolla decided to paint his youngest daughter, Helena, in it. "It's one of the most beautiful portraits of the 20th century," says Eloy. "You can see how the fabric clings like a second skin to the silhouette of her nude body. It's Sorolla's manifesto, as if to say: look, my daughters are also emancipated women."

For Paula Luengo, curator at the Museo Thyssen-Bornemisza, Sorolla's fashion knowledge made him a forerunner in the interpretation of the female form,

imbuing it with a sensuality and elegance consistent with the time. And yet Sorolla never turned his back on tradition. When the Hispanic Society of America commissioned him to paint the different regions of Spain in 1911, Sorolla worked intensely to immortalise Spain's most traditional costumes – from Valencia, Andalusia and Aragon. "Fashion has played a substantial role in the history of art, and Sorolla was the great portraitist of the fashion of his age," says Eloy. "This is because he understood better than anyone else that fashion was a mirror that reflected the society of his time." This is the most insightful Sorolla: the great chronicler who captures what is fleeting in order to speak of something deeper and more inherent. In other words, the soul. Or something like it. There's no doubt: this is Sorolla at his most personal and intimate. ■